



BAYARDO DE CAMPOLUNA

LÍMITE DIFUSO

Límite Difuso

BAYARDO DE CAMPOLUNA

Límite Difuso

Copyright © 2015 Bayardo de Campoluna

Primera Edición

Copyright © 2018 Bayardo de Campoluna

Tercera Edición

Man (1461448)

Imagen de Portada

CC0 License © Pixabay

Este libro es una obra de ficción. Toda mención de personas vivas o muertas, lugares o circunstancias no representa en un sentido estricto a la realidad.

Para comentarios o pedidos escriba a
evermartinez@zoho.com o visite
<https://www.facebook.com/decampoluna>

DEDICATORIA

A mis lectores que me acompañan en la aventura de traspasar los límites que intentan detenerme.

CONTENIDO

[Acerca de...](#)

[Límite difuso](#)

[Mireya](#)

[Incluso en las mejores familias](#)

[¿Será posible que...?](#)

[Puede sucederle a cualquiera](#)

[Algo había de cierto](#)

[Mensaje del autor](#)

AGRADECIMIENTO

A Dios, Padre bueno y Eterno por tanta misericordia.

A mi esposa y mi hijo por hacerme feliz

A mis amigos, el pintor Luis Vásquez y la colombiana Mary Galvis Uribe más que lectora amiga entrañable, por las lecturas de prueba, por las sugerencias brindadas y por su fe en mis proyectos, y a mi amigo de años, Fredis Bonilla por proveerme los medios para realizar esta labor.

ACERCA DE...

La vida es un gigantesco mural en mosaicos que terminan por fundirse entre sí, creando al final, quizás de manera involuntaria, un paisaje impresionista o abstracto, y al dejar abierta la interpretación, no pretendo, sino que sea el lector mismo quien lo decida.

En la vida hay hechos comprobados que resultan cuestionables y conjeturas muy bien fundamentadas. También hay acciones benévolas que parecen malignas, y atrocidades que resultan loables.

El mundo está patas arriba, todos lo saben, pero lo que resulta difícil es determinar qué es real o qué es una simple impresión. O qué es malo y qué es bueno. Existen códigos que intentan mantener el orden en el universo, pero, cada pensamiento es un mundo, y no todos se parecen.

De hecho, es esa subjetividad la que ha dado origen a este libro, pero aún lo subjetivo es subjetivo en sí mismo que no puede usarse como definición propia, por lo que, tras mucho pensar, y dado que la sociedad, el hombre mismo, ha señalado límites para no perderse en y a causa de su propia naturaleza, me ha parecido que la mejor manera de nombrar esta colección de aciertos o desatinos —decida usted, que esto no es absoluto— es "Limite Difuso".

Acabo de explicar el nombre, y con ello espero que usted se haga una idea de lo que va a encontrar dentro de este libro, solo una idea, porque no le puedo decir más. Si acaso, haciendo gala de una amabilidad que no es usual en mi persona, le puedo advertir que se prepare para uno que otro portazo en la cara.

Bayardo de Campoluna

Cholulteca, 2015

LÍMITE DIFUSO

Lo primero que se te ocurrió pensar fue que se trataba de una broma. Permaneciste un rato tendido en tu cama con el teléfono en la mano y leíste el mensaje dos o tres veces más. Te resultaba increíble que un maestro de literatura de una prestigiosa universidad norteamericana se tomara el tiempo de escribirte solo para comentarte que había leído tu libro. Entonces sentiste una profunda conmoción, mezcla de orgullo y vergüenza, y tomaste como mala señal que hubiera sido tan breve en su mensaje.

Que lo hubiera leído no era imposible porque estaba disponible en la red. No; lo que te parecía increíble era que te escribiera, porque ¿para qué? No había dicho nada más que "ese libro me llamó la atención"; como si tiempo después de haberlo leído se hubiera encontrado una tarde sin nada mejor que hacer y se hubiera acordado de aquel escritorcito desconocido a quien se había propuesto escribir alguna vez —de pronto te cayó del cielo una posible razón— para entablar una bienintencionada amistad para instruirlo de manera tácita en el arte de contar, porque —y te sentiste ególatra al pensarlo— después de todo, no era tan malo sino un poco falto de entrenamiento. Pero al pensar en lo del ego, cosa que tanto le habías reprochado a tus colegas locales, con quienes por esa misma razón habías llegado a tener roces que rayaban en lo hostil, pensaste que podía tratarse ya no de una broma sino de una trampa para picarte el ego y por fin evidenciarte como un falso profeta que no practica lo que predica. Por tanto, decidiste tomar precauciones y no respondiste en el momento. No sabías qué decir. Sospechaste que de haberlo hecho en ese mismo instante algo habría resultado mal.

Pero la intriga te asfixiaba. Deseabas que te hubiera dicho algo más. Su lugar de origen, su propósito al escribirte, y —te costó llegar a ese punto— su opinión detallada sobre tu libro.

Nunca habías experimentado eso con ninguna persona. Ya en el pasado más de uno te había contactado en las redes sociales para decirte que lo había leído, deshaciéndose en elogios que a ti te parecían absurdos. En cambio, ahora este señor —lo asimilabas como un señor cercano a la tercera edad— te decía, como si nada, que le había llamado la atención. ¿En qué sentido? ¿Porque era malo? ¿Porque era bueno? Ojalá te lo hubiera dicho: en el primer caso le habrías respondido avergonzado que se trataba de un libro experimental ya que no sabías ni jota de literatura y que solo escribías lo que te salía del alma, de la mente o de tus emociones sin pensar en normas o estilos porque dicho de un modo práctico, escribías para ver que almas afines a la tuya había allá afuera. Creías que con eso lo habrías desarmado. No obstante, si te hubiera dicho que se trataba de un libro muy bueno, aunque tú tampoco lo creyeras, te habrías limitado a responder con un “muchas gracias; espero seguir aprendiendo para ofrecer una literatura de mejor calidad a mis lectores” para luego pasar a forjar una buena amistad.

Pero él fue tan seco en su mensaje que lo único que había germinado en ti era un sentimiento de ansiedad. Y ese mismo ahogamiento te seguía atormentando cuando saltaste de la cama y te preparaste para enfrentar el día; incluso se apoderó de tu mente mientras te dirigías al trabajo: te preguntabas si acaso él también iba rumbo a sus labores, pero pronto caíste en la cuenta de que, por la diferencia de horario, él ya tendría que estar envuelto en sus deberes. ¿Esperará una respuesta de mi parte? La pregunta precedió a tu determinación de responderle ese mismo día.

Quizás por la tarde, alegando haber tenido un día difícil, y al pensar en ello concluiste que tus días no eran difíciles: tú te los complicabas refunfuñando porque la gente no era como tú querías que fuera, y precisamente él no había sido directo, explícito y claro como a ti te gustaba; pero no pudiste en ningún momento intuir que eso haría tu día más que tedioso porque ya en la oficina escribiste mil y una posibles respuestas para terminar borrándolas todas porque te hacían parecer anhelante o altanero, y tú no querías ninguna de esas dos cosas. Tú detestabas esas actitudes: en cambio querías ser amable, culto, sosegado, y brillante. Querías responder su mensaje de manera tal que se sintiera obligado a explicar quién era, qué opinión tenía de lo que había leído en tu libro, y más que todo —solo hasta ahora te dabas cuenta entera— descubrir si en verdad era él o uno de tus némesis tratando de tomarte el pelo.

Entonces se te ocurrió examinar la escritura: buscaste omisiones en las oraciones, revisaste si las tildes estaban puestas, examinaste la puntuación en general y hasta la sintaxis. Pero todo estaba en orden, y en un arranque de desprecio por tus colegas locales pensaste con aire triunfal que no podían ser ellos porque no escribían tan bien como lo había hecho ese señor. Aunque no por eso descartaste las posibilidades, y en tu afán de descubrirlos en su treta los llamaste a todos con una actitud que a todas luces decía “ya sé lo que te propones”, pero ellos no se dieron por enterados, y pensaste que si ellos querían fastidiarte tú también podías hacerlo. Fue entonces cuando concebiste a Fabiola Montesinos, la guapa mexicana de grandes ojos azules y cuerpo más que perfecto, de moral distraída e inteligencia impresionante.

Cualquiera con un poco de cautela se habría dado cuenta de que todo en ella era falso: no podía ser tan lasciva y lista a la vez. ¿Cómo es que escribía inglés y español a la perfección? ¿Cómo es que conocía La Biblia y El Corán tan bien como Cien Años de Soledad, Ulises, Don Quijote, la saga de Harry Potter y la de Crepúsculo, y tantas películas románticas, de acción, y pornográficas, y conocía tantos lugares y personas interesantes, con tan solo dieciocho años de edad? Todo al más onírico gusto del típico macho que no es capaz de pensar con la cabeza cuando las hormonas le bullen en los calzoncillos. Pero ninguno de ellos se dio cuenta. Todos le prometían el cielo y la tierra a tu Fabiola, tu querida Fabiola, la mujer perfecta que hacía soñar a tantos incautos que le ofrecían pagar los gastos con tal de que viajara a reunirse con ellos, y ella aceptaba todas las propuestas, y los escuchaba, y los consolaba, y los aconsejaba, y cada día que Fabiola permanecía en el ciberespacio, más hombres y mujeres se enamoraban de ella. Todos estaban felices con aquella mujer de nadie para todos.

Y Fabiola se fue acercando a tus rivales: su propósito fue hacer que Facebook la colocara en la lista de sugerencia de amistad de tus enemigos: de ese modo ellos la verían y como los demás no resistirían y terminarían enviándole solicitud de amistad. Cuando eso ocurrió, Fabiola de buen grado aceptó su amistad y sus galanterías, así que pronto todos ellos estaban mostrando su lado más salvaje: le enviaban fotos y videos en los que aparecían desnudos mostrando orgullosos sus penes erectos, lustrosos de esperma, y le confesaban sus fantasías, sus pecados sexuales, sus infidelidades, y aunque al principio se mostraban desconfiados terminaban cediendo porque a ella aquello la excitaba en gran medida, y como aliciente para que siguieran rebajándose, ella les enviaba fotografías de su vagina humedecida, y videos en los que ella también se masturbaba, “porque tú me pones cachonda, papi”, y eso los trastornaba. De modo que, en cuestión de dos semanas tú tenías tanta evidencia de su bajeza con lo que te quedaba claro que eran todos unos mojigatos doblecara, y pudiste haberlos chantajeado, aunque nunca te lo propusiste.

Fabiola nació ese día que recibiste el correo electrónico de aquel profesor: todo el día te dedicaste a construir la mentira de su vida, y entre escribir una respuesta contundente para tu futuro amigo epistolar y crearla a ella, desatendiste tus deberes en la empresa. Pero no te importaba: para ti aquello era más importante. Cuando por fin, al cierre de labores creíste tener una respuesta para él, se te ocurrió plantearle la situación a tu secretaria quien te respondió de una manera muy inteligente: —Sea parco usted también: si él tiene algo más que decir, su respuesta lo empujará a soltarlo de una; si no: allí morirá todo... ya no piense en eso.

Entonces le agradeciste la respuesta con una nalgada.

—Yo pensé que estaba enojadito conmigo —te dijo ella al despedirse.

Pero no le prestaste atención porque estabas respondiendo el email que te había robado la calma a lo largo del día con un “Hola”.

Mientras conducías de regreso a tu casa aguardabas la reacción a tu cortante respuesta. Pero no la recibiste en ningún momento de la tarde ni de la noche, y solo hasta que llegaste a la oficina el día siguiente, descubriste por qué no habías recibido ningún correo electrónico, ni mensaje, ni llamada en tu teléfono ya que, en el ordenador, la bandeja de entrada de tu correo electrónico mostraba catorce nuevos mensajes por lo que dedujiste que algo andaba mal con tu teléfono y lo reportaste a la compañía.

—Su tarjeta no ha podido procesar el pago de su factura, señor —fue la respuesta de la señorita que te atendió. Pero eso no importaba porque entre los mensajes nuevos había uno de ese señor: “Hola”. No ponía más. ¿Pero que se estaba creyendo ese baboso? Lo dijiste en voz alta. Y como te estabas muriendo del coraje no te percastaste de que el efecto de una respuesta cortante, como lo había predicho tu secretaria, había surtido efecto en ti porque te aventuraste a exigir de él lo que deseabas saber, pero lo hiciste de un modo calculado, gritando maldiciones en su contra mientras tecleabas en la computadora:

Distinguido Señor:

(Maldito Señor tocapelotas)

He de confesarle que su mensaje me ha dejado intrigado porque no es usual que mi trabajo llegue a manos de personas tan cultas como usted. Me sentiría muy honrado si se dignara a darme sus opiniones o sugerencias sobre mi obra.

Hasta pronto.

(Estúpido, que yo no tengo su tiempo para estar con jueguitos de manitas calientes)

Lo enviaste y te sentiste aliviado, aunque de algún modo te habías dado por vencido.

—Por dicha ha sido usted muy cauteloso —te dijo la secretaria.

Y en verdad habías sido muy profesional, y habías conseguido parecer humilde al pedir sugerencias sobre tu trabajo. Por tanto; *voilà*, aquello dio inicio a una grata amistad que te llevó

de arriba para abajo desde los elogios hasta los abismos más oscuros y confusos de la crítica porque tal como te lo habías imaginado al principio, él como cualquier otro lector, parecía saber más de tu historia y sus personajes que tú mismo. ¿O no es cierto que muchos hubieran deseado un mejor destino para Pietro Crespi? “¡Ah, los lectores! Un mal necesario”, pensaste.

Sin embargo, el profesor tardó dos intercambios más antes de abordar el tema de las sugerencias para ti. Ya entonces habías dejado de pensar que podía ser una mala broma de tus rivales por lo que tomaste en serio sus observaciones y terminaste por admitir que podías aprender mucho de este señor que parecía tan versado en el arte literario.

Cuando le preguntaste si había escrito algún libro él te dijo con toda modestia que había escrito algunas cositas pero que no se sentía listo para salir al ruedo. Entonces lo convenciste, no con facilidad, de que te mostrara algo y él te lo prometió. Ese fue el inicio de una nueva crisis de ansiedad para ti porque temiste que fuera mucho mejor tú, y francamente no te perturbaba eso porque de verdad era presumible, lo que te aterraba era descubrir tus carencias en su excelencia, pero al término de un día ese motivo dejó de ser y ahora te incomodaba la posibilidad de haberlo espantado porque no te escribió el día siguiente, ni el segundo, ni el día tercero. No: parecía haberse acobardado. Eso pensaste. Entonces decidiste tomar la iniciativa: buscaste entre tus archivos un relato breve y se lo enviaste diciendo que lo acababas de escribir y le pedías su opinión profesional. Él te respondió al otro día, maravillado por tu texto, y se excusó por no haberte enviado sus escritos todavía: —Les estoy dando una última ojeada —concluyó. Así que no estaba asustado: solo se estaba preparando y lo tomaste como una lección tardía pues siempre creíste que te habías precipitado a publicar tu libro antes de dotarlo de madurez e intensidad.

La espera terminó cinco días después: te mandó un hermoso texto que te dejó encantado por la limpieza de su prosa y la fluidez narrativa. Eso sí, desde que lo empezaste a leer te desconcertaste demasiado: esa historia de esa banda de pistoleros cuyas acciones oníricas se desbordaban al mundo real había estado rondando por tu cabeza desde hacía un par de años, y tú estabas tan cierto de no haberla comentado con nadie, entonces, ¿Cómo pudo él haberla concebido? Pensaste que si bien la historia no estaba planteada tal como tú la habías empezado a escribir era en esencia la misma: argumento, secuencia y desenlaces. Todo era idéntico a lo tuyo. Se te ocurrió que a lo mejor se había creado una copia de respaldo en la nube y que por algún descuido de configuración pudo estar disponible en línea. Entonces entraste a tu servidor en la nube y comprobaste que no había modo de que por allí se hubiese filtrado. Y ya que estabas en eso revisaste tus correos enviados, tu cuenta de Facebook: las conversaciones y los estados: en ninguna parte habías insinuado la idea; y entonces, el mal presentimiento de estar siendo víctima de una broma se asentó otra vez en tu corazón. Pero ya no era solo un sentimiento de intriga sino también de paranoia: ¿Sería acaso que este hombre te estaba acechando? ¿Sabía acaso de ti mucho más de lo que aparentaba saber? ¿Qué más sabía? Te preocupaste por tu mujer y tus hijas. Te acordaste de tu secretaria. “¿Qué tal si pretende chantajearme?”, temiste. No podías quedarte de brazos cruzados. Si no podías hacer nada con lo que ya hubiera descubierto, podías al menos restringir su acceso a tu vida virtual: cambiaste la contraseña de tu correo electrónico, las de tus cuentas en las redes sociales, las de tus cuentas falsas de correo electrónico, de Facebook y de Twitter; y cuando terminaste de hacerlo, al filo de la media noche, revisaste el correo de tu esposa temiendo encontrar algún mensaje delator como el de aquella exempleada resentida que le mandó una foto donde tú aparecías con ella muy cariñoso por el día de su cumpleaños; y aunque nunca llegaste a nada con ella, la fotografía contradecía la verdad y tu esposa pudo haberlo creído. Por fortuna

llegaste a tiempo para eliminar la evidencia. Por tanto, esta vez también esperabas encontrarte con algo semejante. Pero no había nada extraño en su correo electrónico. Sin embargo, no debías cantar victorias aún: faltaba revisar su cuenta de Facebook. También las de tus hijas, y cambiarles la contraseña.

Contra toda sospecha, la sorpresa desagradable no vino de parte de ningún extraño sino de una de "las niñas" como tú les llamabas: la muy bandida había cambiado la contraseña y tú no podías entrar hasta que recurriste a tus viejos trucos de pirata cibernético. La niña tenía serios motivos para proteger su privacidad: mantenía una relación erótica virtual con un hombre de California, "*Black Stallion*", uno de tus contactos en "El Círculo", esa red de ninfómanos a la que pertenecías. Al descubrir aquel espantoso secreto quisiste zarandear a tu hija y asesinar a ese bastardo. Estabas dispuesto a ello por lo que te dedicaste a contactar pistoleros desde tus cuentas falsas ofreciendo fuertes sumas de dinero y con tan mala suerte que todos se negaron a prestarte sus servicios aduciendo distintos motivos en los que incluían la verdad: tú podías haber sido un policía, u otro sicario o líder de alguna banda. No, ellos no se podían arriesgar; de modo que, cuando no pudiste conseguirlo de ese modo, ya casi al amanecer, volviste a pensar en el relato que tu nuevo amigo escritor te había enviado y se te ocurrió la locura más grande: buscar un asesino que pudiera hacer desdoblamiento de espíritu para que viajara a Estados Unidos a matar a ese maldito corruptor de menores que había hecho de tu dulce angelita una mujerzuela cibernética. ¡Ah, lo que hubieras dado por ver muerto a ese desgraciado! Estabas dispuesto a vender el carro —no las armas, no—, dejar de pagarle el apartamento a la secretaria, y prescindir de ese "Club de Caza" que ya no tenía nada novedoso que ofrecer: ya conocías a casi todas las niñas de todos los colegios de la ciudad. Todo por vengar la honra de tu hija. Buscaste con tanto ahínco y desesperación por tres días en los que te mantuviste gruñón, inapetente, y desvelado, hasta que por fin tuviste el valor de consultar con tu secretaria —a riesgo de mancillar el nombre tu hija— solo por si acaso ella sabía de algún un espiritista capaz de matar a una persona mediante un desdoblamiento, pero ella no sabía.

—No sea loco, la que se está desdoblando de la risa soy yo —te dijo la secretaria.

Entonces la doblaste de una bofetada y la devolviste a la realidad de la gravedad de tu situación, y como ella quiere a tus hijas como si fueran suyas, comprendió la seriedad del caso y te dio algunas ideas: a—) encarar a tu hija; b—) reunir las evidencias y denunciar esa cuenta a Facebook; c—) con esas mismas evidencias alertar al FBI; d—) si de verdad ese hombre era de California, quien debía viajar allá eras tú, y asesinarlo con tus propias manos.

—Le sale más barato —concluyó tu secretaria.

Y tenía razón: ella tiene razón en casi todo. ¡Tú eres un tipo muy afortunado! Esas dos mujeres en tu vida son tu salvación. Y como ella misma —tu secretaria—, sin reparar en el ridículo te sigue la corriente con toda seriedad aun en las cosas más descabelladas, el día siguiente de que le diste esa bofetada, tocó el tema de tu amigo escritor relacionándolo con el desdoblamiento de espíritu:

—Quizás él ha estado husmeado aquí entre nosotros porque su relato demuestra que sabe mucho del tema —dijo.

Entonces se hizo el silencio: aquella posibilidad te pareció tan espeluznante que se quedó en tu cabeza por mucho tiempo recordando la doctrina del mundo de los muertos de que no hay una ubicación cosmográfica para ellos excepto la misma de los vivos separados únicamente por un designio divino, algo dimensional, por lo que te acordaste de tu madre y sospechaste que ella te miraba hacer tus maldades, y te avergonzaste por ello, aunque también te enfureciste de que ese desgraciado pudiera haber estado espíandote. Y pasaste del espanto al coraje, y del coraje a la algarabía: buscarías la manera de obtener de él la confesión de que podía hacer el desdoblamiento y le pedirías que vengara la inocencia de tu hija. Si lo hacía no solo lo dejarías quedarse con tus historias, sino que podías pagarle un buen dinero por sus servicios. De modo que, al recuperarte de las impresiones, ayudado por tu secretaria le escribiste un efusivo correo electrónico elogiando su relato e insinuando que tú habías tenido una idea similar, y le propusiste otra idea para desarrollarla como novela, con la intención de que el mordiera el anzuelo. Luego remataste el mensaje con un post-data: "¿Crees tú que más allá de la ficción, el desdoblamiento de espíritus sea posible?" La respuesta demoró dos semanas más pero como siempre el profesor era evasivo: agradeció los elogios, justificó la similitud de ideas con un "grandes mentes piensan igual", y evadió la respuesta al asunto de los espíritus, y también cerraba su mensaje explicando que él también estaba estudiando las civilizaciones mesoamericanas para una posible novela, y sugería que esta vez debían ponerse de acuerdo para no terminar escribiendo lo mismo.

—Quizás podamos vernos el próximo sábado —escribió.

Ese día él estaría llegando al país para visitar las ruinas mayas, y a lo mejor podía hacer juntos ese viaje. Tú te alegraste: pensaste que conociéndolo podrías despejar todas tus dudas. No tenías nada que perder, pero mucho que ganar pues no es cosa común que un maestro de una prestigiosa universidad estadounidense llegue a un país tercermundista a reunirse con escritor desconocido. Te sentiste muy honrado, y empezaste a organizar todo para que nada saliera mal en la empresa durante tu ausencia. Atendiste hasta el último detalle como si en lugar de tomarte unas vacaciones estuvieras haciendo entrega de tu puesto: la verdad era que en el fondo creías que después de aquella visita tu visión cambiaría de manera radical. Por tanto, también preparaste tu intelecto para recibir a tu amigo, repasaste tus escritos y los puliste para mostrárselos en caso de que quisiera verlos, y te pusiste a contar los días que estuvieron tan llenos de actividades preparatorias que ni los sentiste: el más largo fue el día de la llegada.

Arribaste al aeropuerto una hora antes de la hora prevista, y cuando faltaba muy poco para la supuesta aparición de tu amigo, recibiste un mensaje suyo en el que te informaba una demora: tuvo que tomar otro vuelo y llegaría dos horas más tarde. "Entonces iré a dar una vuelta", pensaste; y te dirigiste a la Universidad Nacional haciendo una cacería improvisada. Lo hiciste sin muchas esperanzas: ese día no te hacía falta compañía. De hecho, habías rechazado las propuestas de tu esposa y las de tu amante alegando mil pretextos cuando tú bien sabías que te avergonzaba mostrarte entusiasmado con la visita de tu amigo. Temías hacer el ridículo al verlo porque desde el primer email hasta ese día, habías odiado y admirado a aquel caballero que no sabías como ibas a reaccionar al tenerlo frente a frente. Y la incertidumbre de esa reacción te asaltó en pleno cotorreo con una señorita en la universidad: en el momento preciso en que le insinuabas tus deseos sexuales, un mensaje te recordó a tu amigo.

—Acabo de llegar: búscame en la cafetería frente al aeropuerto.

Le dijiste que llegarías en un momento, y él te respondió con la descripción de su vestimenta, y el título del libro que traía en sus manos. Entonces condujiste como loco por las calles de la capital sorteando semáforos en rojo y robando carriles con el corazón acelerado pensando en no hacer esperar a tu amigo que a pesar de ser tan latino como tú, puede que fuera puntual, y mientras conducías por aquellas calles tan estrechas y atestadas de automóviles y peatones, poco te importaba si provocabas un accidente, después de todo, también aquella experiencia podría servirte para algún relato en el futuro. Así que hiciste un recorrido de una hora en veinticinco minutos y entraste a la cafetería con el corazón desbocado poniéndote el saco, echaste una mirada rápida por todas las mesas y lo viste en la del fondo junto a la pared de cristales y allá te dirigiste: era flaco, de piel canela, y no un señor sino joven como tú. Te dirigiste hacia él sintiendo que todos te miraban por la forma abrupta en que habías entrado, y mientras caminabas sentías los pasos de una mesera que te seguía, y tú, avergonzado, temiendo que fuera a regañarte en presencia de tu amigo, optaste por hacer como que la cosa no era contigo. Entonces te detuviste frente a la mesa y sonreíste al tiempo que te disculpabas por la demora, y sentías en tu corazón la impresión de estar viendo un ser legendario cuya apariencia tan humana lo hacía más legendario, y como él no te ofrecía la mano, rompiste el hielo con un arranque de informalidad al decirle «¡Pero dame la mano, hombre, cuanto gusto!», y por un momento te sentiste abofeteado por el destino porque aun cuando no llevaste a tus mujeres para que no te vieran hacer de “niñita fanática en concierto”, la mesera había presenciado tus requiebros, y esperó con paciencia hasta que te sentaste. Entonces ordenaste dos tazas de café. La mesera estaba aturdida, no sabía si hablabas en serio o le estabas tomando el pelo porque frente a ti no había nadie salvo tu imagen reflejada en el espejo.

MIREYA

Algunas cosas simplemente suceden. Para el caso, habían pasado dos años desde la última vez que hablé con Lorena y solo yo sé cuánto me costó seguir adelante sin ella. Todavía me pregunto cómo a estas alturas, después de tantas mujeres en mi vida que me dieron amor lo mismo que dolor, ella logró meterse tan dentro de mí, a tal grado que cuando perdimos contacto mi existencia se volvió más sombría.

Yo siempre supe cómo encontrarla, pero no quise influenciar su voluntad, mucho menos forzarla. Sospechaba que algún día ella me buscaría. Es más, lo anhelaba. Por tanto, decidí esperar. Por desgracia la espera se prolongó hasta el punto de hacerme perder la esperanza en ciertas ocasiones cuando no percibía nada de ella; como si me expulsara de sus pensamientos. Sin embargo, la dicha volvió a mi vida hace unos días porque Lorena me contactó otra vez, aunque en el reencuentro me confesó que no se llama Lorena; que su verdadero nombre es Mireya. No me ha incomodado saber que siempre me mintió al respecto porque yo tampoco soy quien dije ser. Ella quería relacionarse con personas como yo sin que la sociedad la juzgara por ello, y yo no soy de los que van por la vida pregonando su vampirismo. Además, que importa; los vampiros siempre vamos cambiando de nombres y de lugares; y en eso ella iba bien. Si le gustan los muertos vivientes tiene que actuar y pensar como nosotros. Hay una suerte de perversión en esa clandestinidad. Por otra parte, nuestra relación anterior fue cibernética en su totalidad y de ahí tu puedes irte y volver cuando quieras, incluso cambiar tu identidad.

Pero hoy la veré. En persona. Y fue su idea. De un tiempo a la fecha había estado percibiendo sus pensamientos que me llamaban a cualquier hora. Me llamaba con su mente; con el grito silencioso de su corazón. Al principio fue mi nombre. "Lester", decía. Y no volvía a nombrarme sino hasta otro día. Y así poco a poco los intervalos se fueron acortando y sus pensamientos se hicieron más constantes y prolongados. Eran tan intensos que los escuchaba resonar en mis oídos. Y en su mente revoloteaban los recuerdos de nuestros encuentros y conversaciones anteriores. Y percibía que le calaban hondo en la nostalgia, y el recuerdo se volvía anhelo. Ahora sé que Mireya nunca olvidará la primera vez que cambiamos el tema de la conversación y terminamos hablando de sexo. Fue una revelación: ella era una niña adelantada a su edad. Precoz, dirían los expertos. Sabía lo que quería y con el tiempo llegó a confesarme que deseaba regalarme su primera vez.

—Si pudiera elegir con quien transformarme, sería contigo —dijo.

Creí que hablaba de ser una mujer. Pura confusión de mi parte porque esa misma noche hizo lo más erótico que una mujer ha hecho por mí ante una cámara: tomó una jeringa, se amordazó el brazo izquierdo y con la mano derecha extrajo un poco de su sangre. Ver cómo ejecutaba aquella operación clínica erótica hizo palpar mi frío corazón. Aun puedo ver aquel líquido rojo irrumpir como una nube de humo en el interior de la jeringa y pude adivinarla tibia y salada, con aroma de mujer virgen, y nada pude desear más que saborearla. Imaginé poner la punta de la jeringa en mi boca y empujar poco a poco el émbolo para formar una gotita sobre la punta de mi lengua.

Es por eso que hoy he decidido, sin dudar, asistir a su encuentro, pues me lo ha pedido con

vehemencia y yo la deseo igual. La causa: quiere que yo sea el primero.

—Te esperaré cada tarde en el Parque Bonilla —ha pensado—, segura de que yo puedo oírlo. Búscame en la última banca, la que da hacia el río.

Pero yo no quise hacerla esperar. Es más, llegué primero. Y después de unos minutos la veo venir. Viene con zapatos de tacón cuadrado, una falda negra tipo campana y bajo la falda un pantalón de licra, como de gimnasta. Viene pensando en cual habrá de ser mi reacción cuando descubra la sorpresa que me ha preparado. Lo que ha pasado por alto es que yo lo sé de antemano. Debo felicitarla por su ingenio. Mireya ha decidido prescindir de sus bragas y facilitar el descubrimiento de su misterio femenino perforando un agujero en el arco interior de sus pantalones. Cosas como esa son la razón principal de mi encanto por ella.

Llega hasta mí, sonriendo, y luce encantadora. Le extiendo mi mano derecha y con la izquierda oculta tras mi espalda sostengo una rosa que he traído para ella. Mireya descubre la flor en el momento en que nos abrazamos como dos viejos amigos. El abrazo es el prelude de un beso en la mejilla bajo la intención del saludo, pero ella me ofrece sus labios y por primera vez en muchos años siento el palpar del deseo. Hay vida en sus labios y fuego en su sangre. La siento correr por sus venas. La oigo zumbir como el fluido eléctrico en los cables de alta tensión. Su lengua recorre mi boca como un lobo rondando su presa y considero recordarle mi naturaleza vampírica. No obstante evito mencionarlo.

La invito a caminar. Ambos deseamos adentrarnos en el bosque, pero Mireya tiene una imaginación sorprendente: quiere que nos alojemos a la vera del camino. Ninguno dice nada: no es necesario. Mireya piensa y yo la complazco. Nos tomamos de la mano y debo admitir que me gusta. Parecemos dos enamorados caminando por el parque. Pero no somos tal cosa. Somos un par de pillos degenerados.

El atardecer ha sido maravilloso. Un cielo naranja y un sol de oro bañando la ciudad que ahora muestra su silueta bajo la sombra de la noche que empieza a caer a paso lento como un vestido resbalando sobre un cuerpo femenino. Es una noche tímida, escamoteada bajo la tenue luz de la luna diáfana que se asoma por detrás de los edificios aledaños. El parque se está quedando solo. De cuando en cuando un inoportuno pasa por nuestro lado. Algunos son buenos y otros no tanto. Lo sé porque desde que los huelo a la distancia entro a husmear en sus mentes.

Nos detenemos bajo un roble eterno. A pesar de haberlo visto antes nunca me había servido de él. Nos sentamos. El pasto está húmedo por el rocío de la noche. Mireya arremete con un beso. Yo le correspondo. Ella está caliente. Su temperatura corporal va en aumento. Yo estoy recostado en el tronco del árbol con las piernas juntas, extendidas sobre el suelo. Mireya se encarama en mi regazo y reanuda el carnaval de sus besos. Sus labios succionan los míos mientras se acomoda sobre mí, extrae mi estoque y lo acomoda en su funda. Lo ha hecho de manera impresionante. No ha tropezado. Sus manos han sido hábiles y ahora yo sospecho que ésta no es su primera vez. Y no me importa.

En este punto percibo que el agujero de sus pantalones se ha ensanchado pues al recorrer su cuerpo mis manos se han topado con sus glúteos desnudos. Son hermosos. El contacto me ha quemado las manos y ella ha respingado al sentir mi gélida caricia. Se estremece. Luego empieza

a derretirse y su esencia inunda mi regazo, mojando mis pantalones. Mireya empieza a respirar agitada, el oxígeno le es insuficiente y vuelve a la carga con los besos. Los transeúntes pasan y no sospechan nada. Para ellos solo somos una pareja en calentamiento previo al ingreso en cualquier hotel de los alrededores. Mireya me aplica un placentero “*squeeze*” y deseo que aquello nunca termine. Y sigo acariciando su cuerpo y besando su cuello sin dejar de indicarle que siga. Y cada vez que se lo digo ella pregunta si me gusta. Yo no respondo con palabras sino con gemidos y finalmente la embisto con tanta fuerza que salimos volando por el aire y aterrizamos en un claro del bosque rodeado de bancas que sirven de cama a cierta cantidad de mendigos. Uno que nos ha visto caer grita: —¿Qué diablos hacen?

Mireya le responde con grito muy parecido al llanto: —¿Tú qué crees?

Y seguimos en nuestra faena. Entonces yo ya participo con audacia y para colaborar con el espíritu exhibicionista de mi amante hago que el mendigo se acerque y manipulo a Mireya para que celebre mi iniciativa. Su respuesta es una risita de niña traviesa. Entonces le dice al mendigo: —Ayúdale a mi novio que ya no puede conmigo.

El vagabundo duda. Mireya insiste. Sé que el hombre desea alejarse, pero yo se lo impido. Entonces lo soborno. Le paso un billete de cinco. El mendigo lo toma y queda comprometido.

—Ahora deja que mi novia te toque.

Mi chica sorprende al mendigo con una mentira: —No es mi novio: es mi hermano.

Entonces empieza una treta entre la burla y el placer: nos divierte atormentar al mendigo y nos excita saber que estamos comiendo el fruto prohibido en presencia de un hambriento sin permitirle comer sino las migajas. Mireya sigue cabalgándome y yo rematándola mientras le beso el cuello y recorro sus pechos con mis labios. Cuando beso el busto de la chica el mendigo se acerca y se inclina como esperando ver de cerca el cuerpo desnudo de la joven. Decido complacerlo y expongo aquel par de colinas turgentes. La anatomía del mendigo reacciona. Mireya lo felicita y lo invita a acercarse. El mendigo se acerca y los tres hacemos una fiesta. La chica se reparte entre los dos: a mí me besa y a él lo acaricia. Yo palpo todo su cuerpo, beso su cuello, tiro de su pelo y exploro sus interiores haciéndola subir el tono de sus melodías. Mireya sigue acariciando al mendigo con una sonrisa en sus labios, una sonrisa interrumpida por sus gritos y jadeos. Todo aquel concierto me calienta la sangre y agradezco por seguir vagando en este mundo (yendo y viniendo del inframundo) porque de no ser lo que soy jamás habría conocido a Mireya y esto no estaría sucediendo.

El mendigo sigue afanado disfrutando de las caricias íntimas de Mireya, pero la chica parece no resistir más, entonces acelero el ritmo de mis movimientos y la conduzco a un clímax inigualable donde ella descubre el gozo de la vida y sabe que debe estar a mi lado para siempre y yo obtengo la certeza de que su primera vez como mujer no podría de ningún modo ser mía porque yo no soy su primer hombre: lo que ella deseaba era que yo la mordiera. Así que, en el último momento, justo cuando el alma se le escapa en un suspiro y su excitación se disuelve en un orgasmo estremecedor, yo aparto el pelo asentado en su cuello, humedecido por el sudor del deseo, y sin perder un solo instante abro la boca y le inserto los colmillos obsequiándole con ello el don de la eternidad. De ese modo Mireya y yo consumamos nuestra unión y aquel pobre

mendigo es para nosotros un improvisado banquete de bodas.

INCLUSO EN LAS MEJORES FAMILIAS

La escena era trágica: una joven mujer de piel blanca, cabello castaño y estatura promedio yacía muerta por estrangulamiento tras una posible riña, y de bruces sobre ella, formando una cruz, un hombre de mediana edad, de piel canela y cabellos blanquecinos, muerto por un balazo de revolver calibre 0.38 en la sien derecha. Eran Rebeca y Vidal Segura. Los forenses dijeron que tenían alrededor de quince horas de muertos, pero, la noche anterior nadie escuchó ruidos en la casa; y mucho menos el disparo.

—Quizás por la tormenta o porque yo ya no oigo bien con estas orejas —dijo una anciana.

Quien descubrió los cadáveres fue una vecina de Rebeca, amiga suya desde la secundaria. Llegó a la casa como todas las mañanas a la hora probable en que el esposo se habría ido al trabajo, pero aquel día las cosas fueron diferentes: en lugar de encontrar a su amiga, radiante, recién bañada, alegre y afanada en los quehaceres de la casa, la encontró muerta en la sala, con moretones en el cuello, marcas de puñetazos en el rostro, el cabello alborotado y el estropicio de una reyerta.

A simple vista se podía concluir que el asesino había sido el esposo. Al menos eso creyeron los policías porque el arma estaba a corta distancia de la mano derecha del muerto, en un ángulo que dejaba en claro que se le había soltado al caer sin vida sobre la mujer.

Pero la hipótesis se fue desvaneciendo a medida que la policía interrogaba a los vecinos: todos coincidían en que el hombre adoraba a su mujer.

—Ella era todo para él —dijo la amiga de Rebeca.

Su testimonio fue secundado por los otros amigos y conocidos de los difuntos quienes afirmaron que aquellos dos infortunados eran la pareja perfecta: se amaban, eran corteses y compartían penas, alegrías y sueños.

—Jamás se les oyó discutir —alardeaban los interrogados.

De modo que la policía se topó de pronto con un muro infranqueable. De acuerdo con los vecinos no existía entre aquellos dos infelices motivo alguno para desearse la muerte, y por la armonía entre ellos, y su buena conducta en la sociedad, todos los apreciaban. Pero el jefe de la policía no estaba dispuesto a dejar el caso inconcluso. Así que empezó a presionar a los agentes asignados para que le dieran una respuesta. Pero no le interesaba tanto resolverles el caso a los dolientes, sino a la prensa y al gobierno porque la temporada de promociones estaba a las puertas. Así que, mientras llegaban las pruebas del laboratorio aquel par de policías novatos optaron por lo aparente.

—Jefe, la respuesta es clara —dijo el detective García sin convicción, como avergonzado de lo que iba a decir—: Quizás alguien entró en la casa con la intención de robar, la mujer estaba sola y al verse en peligro intentó defenderse. Luego, cuando el hombre regresó vio a su esposa muerta, y como la amaba no pudo concebir la vida sin ella.

Fue una ocurrencia ofensiva para el jefe, pero divertidísima para sus colegas. Y lo fue todavía más cuando llegaron las pruebas de laboratorio y confirmaron que en efecto, Vidal Segura había asesinado a su mujer. Las huellas en el cuello de Rebeca, así como las fibras de piel atrapadas en sus uñas, eran las de su esposo.

Entonces volvieron a la casa y la voltearon al revés y al derecho buscando pistas, pero tampoco encontraron nada. No había nada sospechoso en los correos electrónicos, ni en los mensajes de texto y llamadas de los teléfonos celulares, ni en las actividades de los últimos días en la oficina de Vidal Segura. De ese modo la policía terminó por convencerse de que el caso no podía avanzar. Y al mismo tiempo que la policía se daba por vencida, los vecinos iban perdiendo poco a poco cualquier interés en el asunto; y pasada la temporada de asensos y condecoraciones, y habiendo sido galardonado, el jefe de la policía también se olvidó del asunto.

Pero lo que para unos es pasajero, para otros es eterno, y los lazos familiares lo son. Por eso, al conocer el triste final de su hermana, Pamela, la menor de la familia llegó a la ciudad y se instaló en la casa de los finados. Impulsiva hasta el incordio, Pamela importunó a la policía por lo que consideraba desidia en la investigación del crimen contra sus parientes, y lo hizo a tal grado que tuvieron que echarla de la estación porque sin pruebas no hay crimen; le gritó una agente diminuta pero feroz.

—Además, fue un pleito de familia, y en broncas de casados y hermanos nadie mete las manos.

Sin embargo, Pamela no estaba para refranes y amenazó con demandarlos; aunque no podía ni estaba en condiciones de emprender un pleito contra el Estado. Su pasado no la respaldaba en absoluto.

Al volver de la estación el día que la echaron, Pamela notó que la casa de enfrente estaba abierta. Tenía tres semanas de estar en la ciudad y nunca había visto a nadie en ella, y aunque un par de ocasiones, mientras hacía sus propias pesquisas había llamado a aquella puerta, nadie había atendido. Entonces se dirigió a ella, pero cuando lo hizo no iba pensando en su hermana, sino que iba atraída por una inconsciente curiosidad.

Por tanto, se plantó en la puerta y saludó con un “buenas” timorato que apenas si pudo oírse. Un muchacho de nariz aguileña, pálido, huesudo y de rizos alborotados se asomó sin responder, y cuando sus miradas se cruzaron, Pamela percibió un inesperado espanto en su semblante. Entonces se apresuró a explicar quién era y qué hacía ahí. El muchacho pareció más confiado y se acercó a ella con la mano extendida para saludarla.

—Hola, me llamo Raúl —dijo con voz grave. Y guiñándole el ojo, agregó: —Mucho gusto.

A Pamela le gustó su voz, pero aquella voz no correspondía a su escuálida complexión, aunque si se le observaba con detenimiento se podía percibir que Raúl era un hombre de armas tomar.

Ni entonces ni nunca Pamela reconoció que casi de inmediato se había enamorado de Raúl. Se convenció a sí misma de que a falta de conocidos en el lugar, la amistad de Raúl había sido un gran apoyo. Pero no era verdad porque Raúl nunca estaba para nadie que no le pagara por su tiempo y servicios. Además, tenía una rutina bastante inusual: casi siempre salía de su casa al

mediodía y no regresaba hasta la madrugada. Llegando a casa se ponía a ver televisión y fumaba encendiendo un cigarrillo con la colilla del otro hasta quedarse dormido. Solo en ocasiones se le oía levantarse temprano, y era cuando recibía visitas. Entonces encendía la radio y sintonizaba un antiguo programa de "música del recuerdo". De modo que los momentos que le dedicaba a Pamela los primeros días eran aquellos en lo que salía de su casa vestido como el típico vividor, consolador de señoras aburridas. Pamela lo esperaba sentada en una silla de mimbre en la acera de enfrente, fingiendo leer, y conforme pasaban los días, su ansiedad por verlo se intensificaba porque le gustaba la atención que él joven le dedicaba: Hola vecina encantadora, le gritaba desde el otro lado de la calle, le lanzaba un beso al aire, y se acercaba improvisando pasos de baile, que no pretendían impresionarla sino hacerla reír. Así empezaban una breve conversación que dejaba a Pamela deseando más, y contando las horas para volverlo a ver.

Aún no se sentía en confianza como para pedirle que pasara y prolongar el buen rato, y consideraba que si él no se quedaba era por sus ocupaciones, y ella no quería importunar. Sin embargo, dos semanas después de conocerse, Pamela no pudo más y lo invitó a pasar, y sólo entonces, vació las inquietudes de su corazón, que eran muchas. Comenzó por preguntarle a qué se dedicaba. "Negocios", respondió él con una sonrisa. Como Pamela lo miró de manera inexpresiva dando a entender que aquella respuesta no decía nada, él se dispuso a explicar que compraba y vendía cosas, nada específico sino lo que la gente le encargara, que había sido locutor, y que muy de cuando en cuando daba lecciones de matemáticas, y que a pesar de no ser rico no le iba mal.

—Tengo buena clientela —confesó, anheloso de poner punto final a la plática, pero ella siguió con el interrogatorio.

—¿Quién te lava la ropa? ¿Quién te hace la comida? ¿Por qué vives solo? ¿No te aburres?

Eran preguntas fáciles de responder, y casi irrelevantes, pero Raúl vio una pizca de insinuación en la última y decidió aferrarse a ella con la presteza de quien aborda un tranvía en movimiento: —Me aburro mucho —dijo haciendo pucheros—; ¿Quisieras consolarme?

Para Raúl no fue más que una proposición sexual que estaba dispuesto a aprovechar, pero Pamela lo interpretó como una declaración de amor y su equivocación fue mayúscula porque la intensidad con que Raúl le hacía el amor no era pasión sino experiencia laboral: su oficio lo había convertido en un experto en simulacros de amor. Y así, alimentada por un día a día lleno de bromas, risas, y coqueteos, la ilusión de Pamela se iba fortaleciendo hasta el punto de abrir su corazón ante Raúl y contarle que nunca había tenido suerte en el amor, que sus novios siempre la dejaban, que sus amigos no lo eran, y que en su familia nadie la quería, o que al menos eso era lo que ella sentía excepto de Rebeca; que de niña soñaba con ser bailarina de ballet, pero que sus aspiraciones habían cambiado: ahora solo quería encontrar un novio joven, guapo, aventurero como ella, que estuviera dispuesto a lanzarse juntos a recorrer el mundo de mochileros; y que si él, Raúl, deseaba ser ese novio, ella estaría muy feliz de compartir su viaje por la vida con él. Raúl la escuchaba en silencio permitiéndole soñar; como a todas.

Cuando Pamela habló de su hermana Rebeca, de cuánto sufría por su deceso, de cómo le dolían los recuerdos, la agonía de la nostalgia en su pecho, Raúl reaccionó con una indiferencia delatora que Pamela no pudo ignorar. Y es que aquel "*tengoqueirme*" tan repentino era demasiado extraño. Al principio se le metió como una sospecha casual; algo que cualquier

morboso podría suponer. Pero mientras más lo pensaba, más se le arraigaban los argumentos. Ahora le parecía razonable que Raúl se asustara el primer día al verla. No es cotidiano recibir la visita de una persona idéntica a otra recién fallecida, y si se tuvo algo que ver con el difunto el impacto es apabullante. Así que poco a poco Pamela empezó a sentir celos de su hermana. Y sus celos se intensificaban cuando descubría a Raúl contemplando las fotografías de su hermana y su cuñado en las repisas de la sala.

Pamela empezó a observar a Raúl, a buscar en la casa cualquier cosa que lo relacionara con su hermana; y en cada conversación que mantenía con él no hacía sino mencionarla para ver cómo reaccionaba. En cada ocasión ella lo percibió nervioso y dio por ciertas sus sospechas de que habían sido amantes, y aquella certeza le amargaba el alma porque visto de ese modo, Raúl era el culpable de la tragedia.

Entonces fue a la policía, habló con García, y le dijo lo que sospechaba. El agente escribió la teoría de Pamela y le pareció lógica: Rebeca era amante de Raúl; su esposo lo descubrió, le reclamó por la infidelidad, la discusión se salió de control y llegaron a los golpes; quizás Raúl estaba en la casa en ese momento, oculto; y al ver a su amante muerta atacó a Vidal Segura y preparó la escena de modo que parecía un asesinato seguido de un suicidio... luego de eso decidió desaparecer un tiempo mientras se calmaban las cosas.

La policía reabrió el caso y empezó a vigilar al único vecino que no habían encontrado en casa durante las investigaciones. Raúl sin darse cuenta de nada siguió ejecutando su rutina diaria: despertaba alrededor de las once, hacía un desayuno austero, tomaba un baño y se preparaba para salir a la calle. La primera parada era en la casa de Pamela donde comía bueno y abundante, antes o después de hacerle el amor. En días anteriores, Raúl había dicho que aquello era un buen modo de empezar el día; no obstante, los encuentros frenéticos de antes se habían vuelto tediosos desde que Pamela se fue sumiendo en un mutismo que Raúl ignoró por considerarlo “cosa de mujeres”. Él no habría insistido en estar con ella si no hubiera un beneficio de por medio. Ella, en cambio, sacaba fuerzas de sus flaquezas emocionales y se revolcaba en la ignominia de coger con el enemigo —había comenzado a odiarlo con toda su alma— esperando llegar a descubrir la verdad. Raúl fue incapaz de percibir la magnitud de la tormenta que se agitaba en el interior de su vecina, y si algo vislumbró apenas le perturbó porque ella supo distraerlo. La cosa era que cada vez que se entregaba a él, Pamela no podía reprimir un llanto compungido porque no se miraba a sí misma poseída por aquel extraño jovencuelo sino a su hermana; transformada en una mujer viciosa, hipócrita, capaz de mantener su reputación de santa ante el mundo al mismo tiempo que se degradaba hasta los más profundos abismos de la lujuria en brazos de otro hombre. Y le repugnaba imaginarla haciendo contorsiones a placer de su macho.

—Verte llorar cuando lo hacemos me da un bajonazo terrible —le dijo él.

Entonces ella lo atontó: —Solo me ocurre cuando de veras alcanzo un orgasmo.

Después de visitar a Pamela, Raúl se iba a Las Cuatro Reinas, un bar de poca monta en Santa Cecilia. Ahí permanecía hasta altas horas de la noche, interrumpiendo de cuando en cuando sus juegos de billar y de póquer para internarse en el Nueva Granada, el motel de la otra esquina.

Los detectives estaban impresionados con Raúl. Lo describían como un “padrón” capaz de

atender a todas las mujeres que lo solicitaran; y bajo esa impresión creyeron también que la hermana de Pamela había sido amante de Raúl, y consideraron que había llegado el momento de imponer de medidas cautelares al sospechoso, y solicitar orden de cateo en su casa.

Cuando lo supo, Pamela se sintió morir. No por lo que hacía Raúl, cosa que asumió como natural en este mundo de locos y perversos, sino por el modo como lo dijeron los policías. Pamela no podía entender cómo era posible que teniendo un esposo que daba la vida por ella, Rebeca fuera capaz de revolcarse con un semental de quinta. Entonces se trastornó por completo: vociferó insultos contra Raúl y su hermana mientras a manotadas barría con los retratos de la difunta y arrojaba contra el piso todo lo que estaba a su alcance; y les preguntaba a los policías si podía existir alguien peor que Rebeca. Ellos iban detrás intentando acercarse sin salir lastimados, afirmando que cosas como aquellas pasan incluso en las mejores familias, que ella no debía sufrir por lo que ya pertenecía al pasado; pero Pamela no los escuchaba porque aun cuando lograron atraparla no dejó de gritar y llorar. Al cabo de un rato fue moderando sus ímpetus y siguió murmurando con voz casi inaudible hasta quedarse dormida. Los agentes retiraron de la casa los restos de vidrios rotos y cualquier objeto punzante, y se marcharon convencidos de que, al despertar, Pamela estaría más tranquila. Sin embargo, aunque el cuerpo de la joven estaba en reposo, su mente y su alma seguían atribuladas en el sueño. Las imágenes de su hermana, su madre y otras mujeres a quienes había respetado y admirado desde siempre, aparecían ante ella en una sola orgía, embriagadas de lascivia, sometidas a los arrebatos de Raúl, sin importarle que ella las observara, y se burlaban ante sus reclamos. Entonces despertó espantada, y la pavorosa idea de que Raúl también se hubiera acostado con su madre cada vez que visitaba a Rebeca le desgarró el alma; y fue peor al suponer que alguna vez habían participado juntas del bacanal; y que a lo mejor no solo su madre lo había hecho sino sus hermanas, tías y sobrinas, sus amigas; y quizás hasta ella en el pasado, bajo los efectos de los narcóticos que le hacían la vida más llevadera. Y siguió rabiando todo el día y toda la noche, frente a las fotografías familiares de la sala, acusando a su hermana y magnificando al cuñado; y cuando al día siguiente Raúl llamó a la puerta ella le abrió con tal frenesí que él supo de inmediato que algo andaba mal. Su experiencia con féminas desequilibradas le indicaba que aquel día no debía darle placer sino consuelo. Entonces se aproximó a ella con los brazos abiertos y le dijo que no se preocupara:

—Sea lo que sea, todo saldrá bien, querida.

Pamela se abandonó en los brazos de Raúl quien le acarició el cabello, le besó la cabeza y empezó a canturrear *deja de llorar chiquilla, deja de llorar mi amor*. La joven pareció calmarse un poco y cuando Raúl le tomó la barbilla para verla a los ojos y regalarle una sonrisa ella lo sorprendió con una bofetada que le quemó la cara:

—¡Eres un maldito, Raúl! ¡Eres un perro, menos que un perro! ¡Eres el diablo en persona!

El muchacho no se inmutó porque tan pronto como oyó esas palabras sospechó que ella se había enterado de sus actividades y no pensaba defenderse.

—Dime la verdad, Raúl.

Él se mostró atento a lo que ella podría preguntarle.

—¿Te acostaste con mi hermana?

—Eso no te incumbe —respondió él con la intención de montar un cerco en torno a su privacidad.

Pamela lo miró con la cara alargada por la cólera y remachando los dientes le exigió una respuesta. La respuesta de Raúl fue la misma y en ese instante intentó retirarse.

—No creas que te vas a librar de mí, maldito bastardo —sentenció Pamela—. A donde vayas te seguiré.

Raúl se detuvo y al voltear, Pamela descubrió algo que la estremeció: —¡Por todos los cielos! —Gritó alarmada, apuntando su dedo hacia Raúl—: ¡Ese cinturón! Ese cinturón que traes ahora es el mismo que tiene mi cuñado en esa fotografía.

Raúl se llevó la mano derecha a la hebilla y con una sonrisa burlona le dijo: —Querida, no me salgas con que solo tu cuñado podía tener uno de estos.

—¡Vaya qué casualidad! —Exclamó Pamela alzando las manos—, ahora resulta que tienes los mismos gustos que mi cuñado. Y ya lo creo porque mira que tirarte a su vieja...

Raúl se rio de la ocurrencia y con ello logró que Pamela enloqueciera todavía mucho más y se le fuera encima con uñas y dientes, amenazándolo a muerte y culpándolo por haber destruido la vida de su hermana, la de su cuñado y la hermosa familia que ambos constituían.

El muchacho intentó escapar de ella, pero Pamela le puso una zancadilla que lo hizo trastabillar y caer doblado sobre el sofá, golpeándose la frente.

—¡Qué te pasa, maldita loca; yo no tuve nada que ver con tu hermana! —a Raúl se le estaba acabando la paciencia, pero ignoraba que nada enfurecía más a Pamela que la llamaran loca. Desde siempre en la familia la habían considerado la oveja negra por su temperamento irascible que la llevó a cometer toda clase de locuras.

—Loca tu madre, hijo de puta —Pamela gritó desaforada, poseída por una furia incontrolable —Ya verás cómo te desfiguro para que nadie se vuelva a colgar contigo; y te voy a cortar las bolas, cobarde.

Entonces, comprendiendo que nada lograría actuando como caballero, Raúl optó por empujarla y escapar. Y lo logró a medias, porque Pamela se repuso de inmediato y cuando Raúl ya estaba cerca de la puerta, un mediano elefante de bronce le golpeó en la espalda haciéndolo caer ahogado. El muchacho apenas logró voltearse para ver el demonio en los ojos de Pamela que recogió el elefante y se lo dejó caer en la cara una y otra vez hasta acabar con su existencia, tras lo cual huyó arrepentida, ignorando que la evidencia para resolver el caso de los Segura estaba en el celular de su víctima: quien se acostaba con Raúl no era Rebeca sino el esposo.

¿SERÁ POSIBLE QUE...?

Las travesuras y discordias de la infancia suelen no tener mayor trascendencia. Pero algunas cosas que ocurren entonces se quedan dentro de nosotros en forma de recuerdos resueltos, o como inquietudes a las que podríamos buscarles respuestas, pero no nos atrevemos a indagar por temor a descubrir la verdad. Le digo esto para que usted, luego de escuchar esta historia, formule una posible respuesta y me la haga saber. Se trata de un asunto particular, algo aterrador que me sucedió cuando rondaba yo los trece años de edad.

Vivía yo en una aldea llamada El Recodo, muy lejos de la capital, en una casa de bahareque que durante la mañana permanecía cerrada porque mi padre estaba en el campo, y yo en la escuela; y aunque tenía dos hermanos mayores, ellos cursaban estudios secundarios en la capital. Así que, la vida en aquella casa cobraba cierta actividad en las horas de la tarde cuando yo regresaba.

No estoy pasando por alto a mi madre. Lo que pasa es que por algún motivo que no me queda claro todavía a pesar de la edad que llevo encima, ella se fue cuando yo era apenas un bebé. Por tanto, mientras mi padre estaba en el campo yo me quedaba solo en casa.

Estoy hablando de una aldea. Cada casa de aquella aldea estaba plantada en un solar de cierta extensión, una manzana para ser preciso, por lo que se entiende que las casas estaban un tanto distanciadas. Aunado a ello, la casa en que yo vivía daba a una colina que era el principio de "el bosque", una reserva de madera preciosa que constituía parte del patrimonio comunal, y frente a la casa se extendía el campo de pelota donde por las tardes los aldeanos se congregaban para divagar. De modo que desde mi casa solo se podían apreciar las otras tres casas que circundaban el campo, siendo éstas, las más distantes entre sí.

A esa edad uno tiene amigos y rivales; nada serio, en realidad. Pero para cada uno sus problemas son importantes, y la naturaleza y la cultura imponen reglas que no pueden ser violadas bajo ninguna circunstancia. Me refiero de manera directa al hecho de que, en El Recodo, si una persona le buscaba bronca a otra, la persona desafiada no podía eludir el reto, salvo que no le importara ser tenido por cobarde y estropajo de todos. Por tanto, uno debía hacerse morir luchando, y a mí me tocó muchas veces la de perder.

No bastaba con enfrentarse. También había que ganar. El mero hecho de aceptar la pelea era un asunto de honor, el ganar era un asunto de respetabilidad. Entonces ya sabrá usted que más de alguno no veía en un mí una persona a quien temer, y más bien pretendían coronarse respetables a costa de mis flaquezas por lo que mi infancia no fue lo que diríamos algo feliz: me la pasé con el alma en un hilo temiendo encontrarme un malparido en el camino que quisiera sacudirme el polvo, o que, en la escuela, a falta de entretenimiento los demás me organizaran una pelea que pese a mí temblequera tuviera que afrontar.

Uno de aquellos cabroncitos que me faltaban al respeto muy a menudo se llamaba Gamaliel, hijo del mismo Gamaliel que delató a Ernesto Sánchez con Atilano Santillana, y era tanto el afán

de este elemento que llegó a desafiarme incluso en mi propia casa. No es que aprovechara cada oportunidad para molestarme, más bien como si de cuando en cuando se le metiera el diablo y recordara que podía ponerme una tunda para sentirse mejor consigo mismo, entonces volvía a la carga en mi contra, y siempre ganaba porque después de tantas derrotas yo mismo terminé por asumir que cualquiera podía vencerme y mi desempeño era cada vez peor.

Nunca lo vi como un enemigo. De hecho, hubo ocasiones en que volvimos a jugar en el mismo equipo el mismo día de haber tenido una pelea, o formábamos parte de las mismas conversaciones grupales sin que el asunto del pleito saliera a colación. Como dije al principio, las cosas de la infancia no siempre tienen mayor trascendencia.

No obstante, cada vez que me enfrentaba a una pelea, dentro de mí se agitaba una ola de pavor que me hacía temblar, y aunque nunca lo exterioricé, deseaba llorar, deseaba salir corriendo del lugar de la pelea y nunca más volver, y si bien sentí la necesidad de pedirle a mi padre que nos mudáramos del lugar, no encontré nunca una justificación para semejante solicitud. La sola mención de que ya no soportaba el asedio de mis rivales hubiera bastado para que mi padre me castigara. Así que tocaba aguantar.

El último día del último año en la escuela primaria me apresuré a salir del salón tan pronto me dieron el resultado. Solía ser el día más peligroso del año porque era entonces cuando todos ajustaban sus cuentas, y las maestras no se daban abasto para detener las trifulcas, y yo, que tenía tanto por cobrar no me encontraba en la capacidad para hacerlo. Por consiguiente, me alejé de la escuela buscando un poco de paz: me sentía libre yendo por aquel camino solitario, sintiendo la brisa de noviembre acariciándome con sus plumas, sin temor a ser atacado porque los que no tuvieran que pelear se quedarían presenciando el espectáculo de salvajismo hasta que los padres de los involucrados fueran citados para poner en cintura a sus hijos.

Así pues, llegando a casa me sentí libre del gran peso de habitar aquel lugar ya que en dos meses estaría en la capital, abordando la nueva oportunidad que la vida me daría, una oportunidad que esperaba aprovechar para ser feliz. Me prometí a mí mismo no fastidiar a nadie ni dejarme fastidiar. No pensaba imponerme por la fuerza sino por la camaradería. Mis hermanos me habían contado que allá nadie parecía preocupado por ser el macho alfa sino por asuntos mucho más interesantes como la lectura, la televisión y las colegialas. Así que, yo esperaba participar de aquel paraíso, y empecé a vivir por adelantado la emoción porque ya me miraba rondando los pasillos de aquel majestuoso instituto capitalino, vistiendo aquel uniforme de camisa blanca y pantalón gris, siendo observado con disimulo por las muchachas que se preguntarían quién podía ser el nuevo compañero, de donde será que ha venido, y yo sabiéndome observado jugaría a no darme por enterado. Era lindo lo que la mente me presentaba y estaba feliz porque no era solo un sueño sino una posibilidad, pues mi padre, pese a sus limitaciones económicas tenía una visión para nuestro futuro, para que no fuéramos campesinos como él, que no era nada malo sino muy sacrificado. Y nos había descrito tan nítidamente sus planes que incluso yo asumía como un hecho que en la adultez iba a ser alguien importante, adinerado, un hombre de familia con una esposa bonita e hijos refinados.

Y todo iba saliendo de perlas ese día hasta que a eso de las tres de la tarde llegó Gamaliel a mi casa y me preguntó por qué me había marchado de la escuela. No parecía tener malas intenciones, y hasta pareció creer la mentira de que me fui porque estaba enfermo. Ahora que lo

pienso, lo que dije no tenía sentido. En El Recodo, como en toda región rural de mi país, las creencias, los mitos y supersticiones tenían tanto crédito que nadie se atrevía siquiera a manosear el agua siendo víctima de una fiebre, y en ese momento yo estaba llenando la canoa del patio de donde bebían las vacas que apartaba para el ordeño.

Una vez terminada esa tarea me dirigí al interior de la casa, buscando el lazo que llevaba a los potreros, y sin saber que Gamaliel me había seguido, musité: —¡Que se harte a su madre ese culero!

De inmediato se me agitaron los sesos dentro del coco y me fui de bruces sobre la troja al tiempo que mi visitante me gritaba que me pusiera de pie para que arregláramos las cosas "como hombres".

Aquello significaba una pelea de honor en la que nadie podía intervenir, y el uso de armas de cualquier índole estaba prohibido; sin embargo, al voltearme hacia él, vi que agitaba en una mano derecha una cuchilla dispuesto a matarme. Así lo dijo, porque según él, su madre era una santa. Todavía no entiendo por qué alguien que no tiene reparos en denigrar a la madre de otro sufre el infierno si le insultan la suya. Me parece una gran muestra de cobardía.

Eso lo pienso ahora. En aquel momento sentía que había cometido un gran error. Hubiera dado cualquier cosa por regresar el tiempo y no haber dicho nada. De por sí le tenía miedo a una pelea a puños limpios, ¿se puede usted imaginar el pavor que estaba sintiendo? Entonces fui consciente de la distancia que había entre la mía y las casas vecinas. Sabía que aun si gritara, cosa que me haría quedar como un marica, lo más probable era que nadie pudiera oírme, y si acaso me oyeran, de seguro no iban a ir en mi ayuda porque pensarían que quien me atacaba era mi padre, y en eso nadie se mete.

—No me vayas a matar —Le supliqué. Mi voz sonó temblorosa. Sentía los golpes de mi corazón vibrando en mi garganta, y sin que nada indicara lo contrario creí que había llegado mi final.

—No llores, niñita —La orden llegó acompañada de una cruceta que si no me hubiera replegado contra la pared me habría arañado la cara y abierto la barriga.

Era el segundo ataque en menos de diez segundos, y apenas me había salvado por el absurdo sentido del honor que impedía herir o matar a otro sino de frente, pero estaba acorralado, en un sentido literal: a mi izquierda estaba la pared que separaba el pabellón de los dormitorios de la sala, y a mi derecha la troja de maíz, y al frente mi agresor blandiendo una navaja hechiza, de un color cobrizo que si no me moría desangrado el tétano podía llevarme a la tumba.

Una muy acertada reflexión afirma que situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, pero, al hablar de "desesperación" la reflexión es lo de menos; es más, la impulsividad me dio una ligera ventaja porque sin medir las consecuencias, me lancé sobre él empujándolo por la cara con la mano derecha abierta y con la izquierda sujetándole con firmeza la mano con que él sostenía la cuchilla, y así de pronto nos enfrascamos en una riña que nos acercó a la muerte una vez él, una vez yo, y no tardé en arrepentirme porque el bandido resultó ser muy fuerte y yo me había puesto a su alcance. Cómo me hubiera gustado desistir. A decir verdad, en algún momento intenté cambiar posición con él y quedar más cerca de la salida para entonces

correr hacia el campo y pedir ayuda. Era mejor ser un cobarde vivo y no un valiente muerto. Pero Gamaliel adivinó mis intenciones, y cómo pudo —yo le tenía tapada la cara con mi mano— me dijo que no me dejaría escapar, y entonces aplicó más fuerza a su mano derecha intentando enterrar la navaja en mi barriga, y cuanto más él lo intentaba yo más me aferraba a mi última esperanza de vida que no era otra cosa sino empujarlo y mantenerlo alejado de mis puntos vitales.

—Allí viene mi papa —Mentí con desesperación.

Gamaliel volteó ligeramente hacia la puerta y bajó la guardia por un segundo pero fue entonces cuando yo aproveché para someterlo: centrando toda la fuerza de mi desesperación, la fuerza de mi temor; el coraje de mi cobardía; lo empujé con la intención de llevarlo al otro extremo de la pequeña sala para golpear la mano de la navaja contra la pared y que la soltara, pero tan solo unos pasos en reversa bastaron para Gamaliel perdiera el equilibrio y se fuera de espaldas golpeando su cerviz contra el canto de una mesa, y de no haber perdido yo también el equilibrio, a lo mejor él se hubiera salvado, sin embargo, cuando su cuerpo cayó contra la mesa yo caí sobre él y logré escuchar el crujir de sus huesos, seguido del cuadro más horroroso que he visto en mi vida: el tiempo se detuvo en mi presencia. Pude sentir el olor de nuestro sudor, el tufo de su piel tostada por el sol, la pestilencia del rencor, de nuestra sangre hirviendo; el tufo a muerte; complementando el pavor plasmado en su cara el último instante de su vida antes de relajar para siempre sus músculos faciales, y ver cómo sus ojos desorbitados se le cristalizaron por una telilla de lágrimas, quizás involuntarias, y la definición de sus capilares ópticos cuando se le reventaron antes de fundirse en una sola mancha rojiza que le cubrió la esclerótica.

Entonces tuve miedo y le grité con toda mi alma, mejor dicho con el alma en la boca, que se levantara, que no se muriera, y grité desesperado que lo había matado, y salí a la puerta con la cara desencajada por el horror, sintiéndome suspendido en el aire, helado, y al salir a la puerta quería gritar pidiendo ayuda pero estando allí no tuve valor para admitir mi delito porque caí en la cuenta de que su padre iba a matarme, que incluso mi padre iba a matarme, y de pronto me vi —en mi mente— huyendo del pueblo, escondiéndome en los montes para no ser encontrado por sus parientes que quisieran vengar su muerte, ni por nadie que me conociera y que pudiera ser enviado para asesinarme, o peor aún, por alguien a quien yo no conociera, y comprendí en un segundo que estaba perdido.

Entonces volví al cadáver que se había caído de a las patas de la mesa y yacía de costado con la cabeza reclinada a la derecha, todavía con la navaja en la mano, y le hablé con calma, casi susurrando, pero no me contestó. Tenía los ojos abiertos pero la mirada perdida, quizás contemplando de lejos la vida que acaba de dejar, quizás deseando volver para despedirse de sus seres queridos, quizás deseando no haberse metido conmigo ese día, o a lo mejor, suplicándome que lo llevara donde sus padres para que al menos lo vieran por última vez.

Pero yo no tenía valor para hacer lo que era moralmente justo. Yo no tenía valor para admitir que lo había asesinado, mucho menos para alegar inocencia. ¿Quién me iba a creer que yo no lo había matado? Fue un accidente. Lo hice para salvar mi vida. Pero, él me había agredido tantas veces, y me había humillado por años, que nadie hubiera creído que lo había vencido en una pelea justa, sino que lo había matado a mansalva y había armado la escena.

La muerte es algo doloroso. El homicidio es ignominioso. El asesinato por encargo es cruel.

No obstante, lo más vil de todo es matar y desaparecer el cadáver. No lo entendí entonces como lo entiendo ahora, y no porque sea más sabio que antes sino porque me he pasado noches enteras sin poder dormir pensando en lo que hice aquella tarde.

Recuerdo a los padres de ese muchacho esa noche cuando fueron de casa en casa preguntando por él. Desde mi casa, con el corazón desbocado y con el llanto reprimido los escuché gritando su nombre en el bosque, los escuché pedir ayuda a los vecinos para buscarlo, y aquel martirio me laceró el alma todo el tiempo que duró la búsqueda pues con mi testimonio solo conseguí que lo buscaran más esperanzados.

—Como a las cuatro lo vi pasar montando un caballo negro, sin riendas ni montura, y llevaba carrera suelta por aquel lado —Alcé la mano rumbo al río.

Fue lo primero que se me ocurrió, pero al parecer tenía sentido. Ellos no tenían caballos negros, y yo les confirmé que no era ninguno de sus caballos, que a lo mejor era algún animal ajeno que había encontrado en el camino. Entonces, los expedicionarios se dirigieron al río. Existía la posibilidad de que el animal no fuera manso y lo hubiera tumbado provocándole la muerte, y si lo había tirado al agua lo mejor era buscarlo río abajo. Entonces recorrieron ambas márgenes del río hasta la bifurcación, y su padre y hermanos lo buscaron con tanto ahínco que persistieron en la faena incluso cuando ya no había quienes quisieran apoyarlos.

Con el tiempo yo aprendí a vivir con la certeza de haber dado muerte a Gamaliel, pero nunca pude superarlo. A cada hora, más cuando me quedaba solo sentía que él me hablaba. Sentía que por momentos suplicaba a llanto vivo que lo llevara a su casa, pero a veces me lo exigía de la manera más imperiosa. Y muchas veces vino a mis sueños a pedirme que le encendiera una vela por la paz de su alma. Nunca le hice una promesa, pero, a decir verdad, mi alma estaba más atribulada que la suya, y sufrí el infierno cuando la casa empezó a llenarse de una pestilencia pues temí que mi padre fuera a remover la tierra donde yo lo había sepultado.

Mantuve a Gamaliel muerto en la sala de mi casa por al menos una hora antes de serenarme a medias y tomar una decisión. En ningún momento se me ocurrió que cuanto más tiempo pasara, más me exponía a que me descubrieran. Es extraño: sí temía que mi padre regresara a casa y me encontrara con el muerto en la sala, pero estaba paralizado. Pese a ello, para cuando me atreví a tocarlo después del frenesí inicial ya había decidido sepultarlo en un agujero bajo la troja.

Así que, cerré la puerta y con toda la prisa de que fui capaz deshice la troja, removí la tarima, y con una barreta cavé un agujero en la tierra donde deposité el cuerpo, tibio aún, y lloré mientras echaba tierra sobre sus restos.

Poco después una voz llamó mi atención desde la puerta: —¿Qué estás haciendo? —. Mi padre había acercado su cara a la puerta intentando mirar por las hendiduras de la madera, y de seguro me vio afanado ocultando mi delito.

—Abre la puerta —me ordenó con áspera voz.

Sabía que cuando me hablaba de ese modo no podía demorar. Así que obedecí y lo dejé pasar.

—Viera la tremenda rata que vi —le dije—. La perseguí por toda la casa, pero creo que se

metió en una cueva debajo de la tarima. Ya le puse veneno.

Mi padre me miraba con cara de escepticismo.

—¿Qué te pasó en la pierna? —Miré abajo y vi que tenía una herida perpendicular un poco más arriba de la rodilla, pero por la adrenalina no la había sentido.

Entonces palidecí. Me sentí descubierto. ¿Cómo podía explicar una herida sin haber salido de la casa? Ya me parecía que mi padre me encaraba con la verdad, y más cuando me volvió a preguntar qué me había pasado.

—Fui por las vacas, pero no llevé mecate para el caballo y cuando pasaba el portillo me arrinconó contra el alambrado.

Ningún niño de trece años puede tejer una mentira infalible, y menos si ha cometido una falta.

—¿Dónde están las vacas?

No podía más. No sabía qué hacer. No tenía una respuesta. Mis emociones eran un torbellino: había dado muerte a una persona y lo que más necesitaba era desahogarme, contarle a alguien lo que había hecho, y que esa persona me dijera que todo iba a estar bien, que no me preocupara, que si algo salía mal ella me apoyaría al menos para confirmar una coartada, pero sabía que no podía confiar en nadie.

Entonces, sin poder siquiera disimular mi aflicción empecé a llorar a moco suelto suplicándole a mi padre que no me castigara, que no lo había hecho por maldad. Me refería a la muerte de Gamaliel, estaba a punto de confesarle la verdad, pero gracias a esa falta de empatía de los señores de antes, pude guardar mi secreto ya que sin esperar a que terminara mi ruego, papá cogió el azote con el que nos enseñó a ser hombrecitos y me dio una de aquellas tundas que enseñaban a obedecer y me mandó a recoger el ganado.

Es verdad que estaba aterrado, pero después del castigo que me dio mi padre me sentí mucho más tranquilo, como si la laceración de mi cuerpo hubiera expiado mi culpa. Pero como dije antes, mi tormento estaba lejos de terminar ya que, volviendo de los potreros, con las primeras sombras de la noche cayendo sobre la aldea, encontré a todo el mundo conmocionado por la desaparición de Gamaliel, y al entrar en la casa encontré a mi padre bastante agitado y me miraba como si supiera algo que yo debía de saber.

—Encontré la rata que mataste —me dijo.

PUEDE SUCEDERLE A CUALQUIERA

No pretendo asustarte, pero esto le puede suceder a cualquiera. No importa que tanto pienses en ello o si no se te ocurre en absoluto, sea como sea, la probabilidad existe. Ya en este punto querrás saber de qué carajos estoy hablando, y quizás te preguntes por qué te estoy importunando con este ridículo fatalismo que raya en lo patético. Puedes pensar lo que quieras, pero al menos déjame saborear este rencor contra la vida, contra el amor, contra mi mujer. Sí, así es: estoy encabronadísimo. Hasta hace un momento yo tenía una vida normal. Entendamos "vida normal" a una cotidianeidad de levantarme, tomar un baño, sobresaltarme porque ya se había hecho tarde, comer algo a la carrera o no comer nada, salir a la calle a reñir con el mundo, a maldecir a esos estúpidos que me robaban carril en la carretera, a esos que yendo delante de mí no apuraban la marcha, o a los que estando yo a la delantera ante un semáforo me bombardeaban a bocinazos, de modo que antes de llegar al trabajo estaba tan estresado como si hubiera trabajado el día entero. Y pues el camino de regreso representaba el mismo martirio que el de ida, a menos claro, que hubiera tenido la maldita dicha de quedarme trabajando hasta tarde. En tal caso, cuando me tocaba salir rumbo a mi casa ya la ciudad estaba tan desierta que parecía un escenario de película de terror.

La comparación no tiene nada que ver con lo que te estoy contando. De hecho, a mí nunca me han impresionado las actividades paranormales porque siempre tuve en cuenta que es más peligrosa una persona de carne y huesos que un fantasma. Quizás la mayor prueba de mi indiferencia ante lo sobrenatural sea lo que te vengo diciendo, eso de quedarme hasta altas horas de la noche en la oficina, que precisamente, se encuentra en un edificio "embrujado". ¡Tonterías! La gente le tiene miedo a la muerte, a los difuntos, a lo desconocido, y como en este lugar funcionó por cien años la cárcel de la ciudad, corre por allí el rumor de que esta antigua prisión cobra vida al anochecer. Nada más alejado de la realidad: nunca escuché o presencié nada extraño en este lugar.

Por supuesto que aquí se cometieron atrocidades. Yo mismo he pensado en ello. Antes, cuando acababa de llegar a esta empresa me parecía oír el bullicio de los reos maldiciendo a los guardias, peleando entre ellos, pidiendo perdón a sus víctimas, a la vida, a sus padres, a Dios; mientras que otros ofrecían sus almas al diablo a cambio de ser librados de aquel infierno porque eran inocentes. Y sí, creo que allí donde se ven esas manchas oscuras en el piso de las bodegas se desangraron tantos infortunados, y no me consta, pero en esa viga de la que cuelga esa cadena, pudo haber sido ahorcado algún reo, o varios, después de haber sido arrastrados fuera de sus calabozos, atados de pies y manos, sin camisa y en calzoncillos, siendo atacados a puñetazos, patadas y garrotes en medio de la noche. Pero nada de eso me perturbó nunca porque a cada ruido que procedía de las bodegas le encontraba una explicación: lo más horroroso que alcancé a presenciar fue a un gato devorando un ratón.

No obstante, puedo mermar un poco a mi fanfarronería y suponer que no tenía miedo en absoluto porque en realidad nunca estuve solo en el edificio. Desde luego que habiendo activos que cuidar, la empresa había contratado un guardia de seguridad, don Melo, un señor en el ocaso de la vida, pequeño y robusto, atento pero charlatán como ninguno. Tuvimos algunos roces al principio por su inclinación a las bromas pesadas, pero con el tiempo nuestra relación mejoró en

gran medida, y por las noches él se acercaba a mi oficina donde platicábamos de todo, fumando, muertos de risa por las ocurrencias del anciano.

Una noche le pregunté si creía las cosas que se decían del edificio, y por si acaso le aclaré que yo no, pero deseaba saber su opinión. Me dijo que no, sin duda, pero no le creí.

—Sí, claro, no le va a decir a un ejecutivo de la empresa que tiene miedo porque teme que lo delate.

Entonces el anciano relajó su rostro y adoptando una seriedad que me avergonzó por un momento dijo algo que me hizo carcajear: —En serio; muertos hay por todas partes y ni siquiera se dan cuenta. Yo hablo con los muertos.

Ya fuera por respeto a mi posición dentro de la empresa o porque deseaba poner final al asunto, el señor ignoró mi burla, pero el dicho deja en claro que quien ríe al último ríe mejor.

Mientras tanto, las cosas siguieron su rumbo: yo trabajaba todos los días enfocando todas mis acciones y decisiones en pos del trabajo, postergando paseos con mi mujer y mis hijos para no faltar a reuniones y compromisos del trabajo, saltándome el ritual de la cena familiar, perdiéndome la magia de la infancia de mis hijos que por lo general estaban dormidos cuando yo estaba en casa, y si estaban despiertos no podía dedicarme a jugar con ellos porque el tiempo no alcanzaba. Era tanto el enfoque que, sin darme cuenta, dejé de intimar con mi mujer y no me percaté del peligro de ese descuido hasta que la vi una mañana de domingo lanzarle una sonrisa furtiva al hijo mayor de los vecinos que estaba asomado a la ventana de su cuarto que daba a nuestra cocina, fumando sin camisa el muy vago, con el pelo alborotado. ¡Y vaya idiotez la mía! Ignoré el asunto de mi mujer y el vecino porque estaba tan ocupado: tenía tanto que hacer que hasta los domingos los dedicaba a conciliar cuentas de un fondo millonario del que a mis bolsillos llegaba una ínfima cantidad. No reconocí entonces que si algo raro estaba sucediendo en mi familia era porque yo había dejado mi lugar abandonado, pero lejos de preocuparme me sentí ofendido y herido. Lo primero que se me ocurrió fue que aquel *hijuesumadre* atentaba contra la armonía de mi hogar porque no tenía nada mejor que hacer, y maldije a la juventud por no tener más que mierda en la cabeza, y de mi esposa pensé que era una casquivana que no apreciaba mi sacrificio, y anoté mentalmente la urgencia de encarar el asunto en cuanto terminara mis obligaciones. Todo ese día no pude sacarme de la cabeza que mi mujer estaba teniendo una aventura con el vecino y los celos me mataban y ese dolor agudo me hacía desear borrar de la faz de la tierra a ese desgraciado, y me planteé las ventajas y desventajas de atentar contra la vida de aquel mocoso y todo me llevaba a concluir que quien estaba faltando a su deber familiar era mi mujer porque era ella quien había hecho un pacto conmigo, y que si me fallaba con este tipo, en el futuro podía hacerlo con otro, de modo que quien merecía la horca era ella, y tramaba todo en mi mente, y resultaba tan fácil como invitarla a la empresa para "estar con ella", para cenar juntos, y despachar al anciano a su casa hasta que yo lo llamara de nuevo. Entonces llevaría a mi mujer a las bodegas con cualquier pretexto, y allí, sin que ella lo esperara la estrangularía con toda mi furia para luego sepultarla en el piso bajo los estantes que volvería a colocar sobre la tierra removida para que se pudriera a merced del olvido, y así vengar aquella burla de una vez por todas.

El plan requería mucho cálculo y frialdad, pero yo siempre carecí de lo segundo. Es más,

desde que vi ese chispazo de infidelidad en los ojos de mi mujer no pude concentrarme en lo que estaba haciendo y cada vez que intenté reanudar la tarea no encontraba por donde seguir ya que mis pensamientos no me dejaban en paz. Una sola mirada sembró en mí la sospecha de una traición, y esa sospecha se transformó en un celo enconado que me oprimía el corazón y me hacía hervir la sangre de coraje, y mi propia imaginación se encargó de encender el odio contra mi mujer al trazarme toda una historia maldita de cabo a rabo sobre cómo mi esposa y aquel pendejo se habían involucrado, y los miraba en situaciones comprometedoras mientras yo me partía el lomo en el trabajo y mis hijos asistían a la escuela.

Para cuando llegó la noche mi corazón no daba a más y confronté a mi mujer. No pensaba hacerlo esa noche: todo el día me dije que debía esperar a recabar más pruebas con las que pudiera evidenciarla sin darle oportunidad de negar su culpa, pero el diablo me jugó la mala pasada de provocarme para que la tocara, y ella, por motivos que a mi parecer solo obedecen a los caprichos del destino, se negó. Fue todo lo que necesité para dejarle caer encima mi coraje: —Si fuera el vecino el que te tocara ya te lo estarías cogiendo —le dije.

Mi mujer se giró hacia mí y con cara de estupefacción me sostuvo la mirada. No sé qué pasaba por su mente. Por un segundo sentí que había dicho una estupidez, pero a lo hecho pecho, y de allí en adelante no podía sino explicar a qué se debía mi acusación; por tanto, para no sentirme derrotado volví a la carga: —He visto las miradas que se echan uno y otro, no jodas; y son tan descarados que aún en mi presencia no guardan las apariencias. Te vi esta mañana. Hice una pausa, estaba tan indignado que pude haber despotricado toda la noche y solo necesitaba que ella dijera algo para rematarla, pero su silencio me venció... me desarmó por completo porque aquello salió de un modo tan distinto al que yo lo había imaginado. Lo normal era que lo negara, que se ofendiera, que me pegara una cachetada y que rompiera a llorar. Esperé incluso que me insultara o amenazara con dejarme. Sin embargo, si antes su reacción me dejó con un sentimiento de ridiculez, esta vez me encolerizó porque deduje que la había tomado tan de sorpresa que se quedó petrificada. Así que, buscando un alivio a mi conciencia, le dije con el alma a punto de quebrárseme en un llanto desconsolado: —¿Desde cuándo te acuestas con él?

No respondió. Salió de la cama y se fue al cuarto de los niños sin mirar atrás. La seguí hasta la puerta y escuché a los niños alegrarse porque mamá iba a dormir con ellos otra vez. Ya no sabía que pensar. Estaba tan aturdido que por momentos me sentía terrible por lo que había dicho, y a ratos me sentía tranquilo porque me había desahogado. Pero todo tiene un precio, y como es de suponer, al día siguiente no me preparó el desayuno ni salió a despedirme. Tampoco me recibió cuando volví del trabajo. Incluso, cuando me acerqué a ellos en la sala para ver la televisión en familia, ella se llevó a los niños para terminar las tareas y dejar a papá trabajar sin interrupciones. Me estaba castigando y de la peor manera, y conforme pasaban los días, más me convencía de haber cometido un error garrafal y debía solucionarlo cuanto antes. Así que, empecé por intentar hablar con ella y disculparme. Me escuchó, no dijo nada, pero me escuchó: ¡Cielos! Nunca había topado con una persona con semejante capacidad de mutismo. Pero un silencio no iba a detenerme. Le mandé flores. Era algo sencillo que, aunque yo estuviera muy ocupado le podía recordar que en alguna parte de la ciudad yo estaba pensando en ella. También le mandé mensajes de texto para saludarla, decirle que la quería, y ofrecer disculpas, pero no respondió a ninguno salvo a ese en el que le preguntaba por nuestros hijos. —No metas a los niños en esto —me dijo.

Cuando ya no sabía cómo reaccionar decidí jugarme la última carta: un día que regresé

relativamente temprano llamé a mi esposa y a mis hijos a la sala y les dije que yo había ofendido a su madre.

—Estoy arrepentido, me he disculpado con ella, pero sigue muy enojada, por consiguiente; me iré a pasar unos días en casa de mis padres.

¿Te parece un chantaje? A ella también. Yo mismo pensé que era un chantaje, pero ya no sabía qué hacer para conseguir su perdón y si ella me detestaba, yo tenía que ceder, y salirme de su vida. Y si había acaso una esperanza, de ese modo la forzaría a recapacitar; y por dicha fue eso lo que sucedió. Cuando los niños se retiraron me increpó por mi pusilanimidad y me ordenó ofrecerles una disculpa y asegurarles que todo se había solucionado.

—Pero de verdad tienes que hacer que esto funcione —me dijo—, tienes que conquistarme de nuevo.

¿Puedes imaginar cómo me sentí? Estaba tan feliz que sus condiciones no me parecieron una penitencia; yo mismo había pensado en ello, y ya que no tenía ninguna evidencia de su infidelidad, estaba dispuesto a todo por la restauración de la felicidad familiar. No hay malas ideas, solo propósitos diabólicos: la idea de invitar a mi esposa al trabajo por aquellos días en que salía tarde resultó ser un incentivo a nuestra relación porque ella se atrincheraba en uno de los escritorios y me ayudaba, y puesto que los niños se iban a dormir donde sus abuelos, el resto de la noche lo teníamos para nosotros solos, y todo era sueño de ángeles sobre las nubes.

El fantasma de la intromisión del vecinito en mi familia no tardó en desaparecer. Sería mentiroso si te dijera que no seguí vigilando a mi mujer, y que en cada oportunidad que tenía me quedaba viendo hacia aquella habitación desordenada pero nunca vi nada raro. De hecho, el joven en cuestión se ausentó por unos días, y desde que yo lo empecé a espiar vi que siempre recibía visita de jóvenes estudiantes que parecían muy dichosas de estar en su casa. Terminé por descartar toda sospecha, y me sentí feliz de descubrir que inclusive de una mala circunstancia puede surgir algo positivo si hay voluntad, y la mía era tanta que le planteé a mi mujer la posibilidad de dejar ese trabajo para empezar un negocio familiar. Mi anhelo era tener tiempo disponible para disfrutar a mi familia, y establecer un futuro sólido para ellos.

—Sé que será difícil —le dije— pero si estamos unidos vamos a salir avante.

Ella, con una felicidad a flor de piel me felicitó: —Cuenta conmigo —dijo.

Entonces me preparé para entregar mi puesto: puse un plazo para mi renuncia, organicé lo que había que organizar, y no cabía de felicidad.

—Tómate todo el tiempo que necesites —bromeó mi esposa una tarde que le llamé para avisarle que demoraría, y me aseguró que para aquel proyecto ella me respaldaba en todo. ¿Qué más le podía pedir a la vida? Estaba seguro de que se trataba de una segunda oportunidad y la pensaba aprovechar.

La última noche, esta noche, me quedé trabajando hasta las doce y fue entonces cuando descubrí que el diablo se oculta detrás de las cosas más bellas de la vida. Estaba por apagar mi computadora cuando vi a don Melo de pie en la puerta de mi oficina.

—Me voy en un momento —le dije.

El anciano esbozó una sonrisa.

Entonces me volví al archivero para depositar una carpeta y cuando volví la vista al escritorio don Melo estaba sentado frente a mí.

—Le agradezco —me dijo.

Yo nunca he sido bueno para las despedidas y no pensaba participar en el teatro del adiós. En cambio, le deseé lo mejor y le reiteré mi más sincera e incondicional amistad. Entonces respondió con algo que me hizo dudar de su mentalidad: —No me creyó cuando le dije que hablo con los muertos, ¿verdad?

Le respondí que no. Estaba cansado y pensé que el anciano quería entretenerme, que a lo mejor sí le daba miedo quedarse solo en el edificio, o que como una última broma pretendía impresionarme.

—Porque usted no cree en "aparecidos" —le recordé.

Había estado ordenando carpetas en mis portafolios mientras hablaba con don Melo, pero al término de esa frase lo miré a la cara y vi que me miraba de manera extraña.

—Usted es uno de esos que no saben que están muertos —me dijo.

—Entiendo lo que me dice, y por eso mismo es que pienso empezar de nuevo, para vivir de veras.

Me puse de pie y le dije: —Quisiera darle un regalo, pero no tengo nada en este momento; si me acepta unos pesitos se los ofrezco.

—No se preocupe —musitó— de todas maneras, yo también estoy muerto.

Resopló a modo de sonrisa y me cedió el paso en la puerta. En el puente que corre sobre el contorno de la bodega me volteé hacia él, y poniéndole las manos en los hombros lo vi a los ojos que me miraban espantados, y le dije que era un gran hombre. Luego echamos a caminar, bajamos las gradas, pasamos por el pasillo lateral de la bodega, y antes de llegar a la puerta del estacionamiento me envolvió la oscuridad. Lo último que alcancé a oír fue que aquello era de parte de mi mujer.

ALGO HABÍA DE CIERTO

Anastasio Peralta fue un incrédulo hasta el momento de su muerte. Para él, nada que no pudiera probarse, no existía. Cuando el coronel Moncada, su patrón; antiguo comandante de la dictadura carriísta, lo trasladó de la hacienda de oriente a los algodones del sur con el cargo de caporal, Anastasio no pensaba en nada más que el ascenso. Por eso desoyó a su madre quien intentó disuadirlo. Era bien sabido que en aquellos asentamientos agrícolas ocurrían las cosas más extrañas. Tal era la fama de la región que ya nadie se preocupaba por los nombres de las haciendas y solo les llamaban: Los Pactados.

Cuando una persona moría bajo circunstancias misteriosas, el decir de todos era que a ese finado lo habían entregado en un pacto con el diablo. Y de las desapariciones, si la víctima era un hombre decían que La Segua se lo había llevado; o que El Duende era el responsable si se trataba de alguna señorita. Y nadie lo rebatía excepto Anastasio: —La muerte les llega a todos —decía —; y los desaparecidos no son más que unos malditos cobardes que desertan en la noche.

Así que se mudó a Los Pactados y se instaló en una pieza de alquiler a un costado de la iglesia. Era el único residente del pueblo que no asistía a misa. Sin embargo, poco tiempo después adquirió el hábito de pasar las primeras horas del domingo sentado a la puerta de su casa mirando a los feligreses. Los miraba a todos, pero sus ojos se extasiaban en la contemplación de esa bella damisela de contornos redondeados, grandes ojos almibarados y boca encantadora. Se llamaba Celina Moreno, y era muy distinta a su enamorado. Era dulce, cristiana y supersticiosa. Así que, nadie se atrevió a sospechar que Celina acabaría por ceder ante los torpes coqueteos de Anastasio quien, al término de un año, un domingo por la mañana después de misa, la raptó en presencia de todos: —Usted se queda conmigo —le dijo, tomándola de la mano.

Y dirigiéndose a la madre le dio su palabra de honor:

—No se preocupe, doñita; le aseguro que ella será muy feliz.

Que Anastasio iba a raptar a Celina lo sabían muchos desde antes. Él se lo había dicho a ella y ella lo comentó con sus amigas. Éstas le preguntaron si acaso estaba dispuesta a entregarse sin matrimonio.

—A lo mejor cambia de parecer en el futuro —respondió la muchacha.

Cuando por fin llegó el día nadie se sorprendió. Por fortuna el caporal tenía virtudes que las mujeres valoraban y su incredulidad no se las mermaba. Así que ellas también esperaban que Anastasio terminara entrando en la iglesia para casarse con Celina. No obstante, pasó el tiempo y el muchacho seguía pensando lo mismo respecto a Dios y a los misterios acaecidos en el pueblo. De hecho, un día sus argumentos cobraron cierta credibilidad: una de las muchachas desaparecidas pocos meses atrás regresó con un embarazo descomunal. Dijo que se había ido a la capital buscando un antiguo novio que nunca pudo encontrar. El muy bandido también había desaparecido pocas semanas antes de la huida de la muchacha. ¿Pero qué decir de las muertes? Aquello seguía siendo un misterio aún para Anastasio. No había modo de explicar que Doña Pina,

por ejemplo, apareciera muerta a la orilla del río, y que sus dos nietos que por años habían nadado en la misma poza serena, murieran “ahogados”, y que lejos de ser arrastrados por la corriente permanecieran arrinconados contra un paredón, con el terror plasmado en sus rostros petrificados.

La muerte de Doña Pina y sus nietos, como los casos anteriores, tuvo consecuencias negativas para la hacienda de Anastasio Peralta. El día después del sepelio, dos familias hicieron sus maletas, cerraron sus casas con los cachivaches adentro y se marcharon con sus atados de ropa. Anastasio intentó retenerlos, pero no pudo. Uno de los hombres dijo que ya no soportaba el acoso de un toro que arremetía contra la casa cada noche. El otro dijo que un tal Porfirio lo tenía con los nervios de punta.

—Mire, patrón —explicó— todos los sábados a la media noche llega a tocar la puerta buscando quien lo acompañe a desenterrar una botija de oro que tiene debajo de un Guanacaste.

La primera vez el hombre había pensado que se trataba de una broma porque no había nadie en el pueblo que se llamara Porfirio. Sin embargo, cuando lo comentó al día siguiente en los campos le informaron que el último hombre con esa gracia había sido un hermano del coronel Moncada que se colgó de un Guanacaste veinticuatro años atrás. Le contaron que el pobre le gritó a quienes intentaron rescatarlo, que estaba muy decepcionado de la vida por haber encontrado a su mujer en la cama con el amante. Lo más curioso de la historia es que Porfirio no tenía mujer y nunca había establecido hogar con ninguna.

Aquella anécdota era nueva para Anastasio, pero tampoco le dio importancia.

—Son pendejadas —dijo —; alguien se está divirtiendo con ustedes.

Cuando las dos familias abordaron la baronesa, Anastasio reunió a los trabajadores: —Les quitaré un día de salario a cada uno, cada semana, hasta que encuentre quien cubra a esos dos; y al que encuentre jodiendo a los vecinos lo corro.

Con ello esperaba ponerles fin a los sucesos sobrenaturales y si por un tiempo no ocurrió nada extraño la gente no dejó de creer en fantasmas. Él, en cambio, fortaleció su ateísmo. Ya para entonces su mujer estaba en el noveno mes de embarazo. Fue motivo de alegría para la familia, y de reconciliación entre él y la suegra. Pero la alegría les duró muy poco porque de nuevo, la fe se interpuso. La madre y la abuela esperaban bautizar al niño el mismo día del nacimiento, pero Anastasio se oponía. Por fortuna el pleito tampoco duró mucho porque al ser consultado, el sacerdote dijo que podía bautizar al niño en ausencia de Anastasio. Celina estuvo de acuerdo porque su mayor preocupación era proveer al bebé una protección espiritual en contra del mal que rondaba por aquellas tierras. Así que, arregladas las cosas solo restaba esperar el nacimiento del niño; y éste sucedió a finales de octubre en una noche densa y tempestuosa.

A las nueve de la noche Celina entró en labor. La casa estaba llena de los vecinos: las mujeres rezaban y los hombres jugaban barajas mientras brindaban por "Tachito". Anastasio no estaba en casa: se había demorado cancelando la planilla. Cuando llegó y vio la barahúnda se llenó de ira y los echó llamándoles invasores, y les preguntaba si alguna vez lo habían visto a él jodiendo en casa ajena. Alguien le hizo ver que afuera estaba lloviendo fuerte.

—Ese no es mi problema —respondió.

Entonces intervino la suegra: —Ellos vinieron a rezar por la criatura; no ve que es mala señal nacer en tormenta.

Aquello, lejos de tranquilizarlo terminó por enfurecerlo más todavía y firmó su sentencia de muerte:

—¿Y quién cojones necesita rosarios? Me tienen hasta la coronilla con sus estupideces: que si Dios, que si el Diablo. Aquí yo soy Dios y soy el Diablo. Así que, se me largan todos si no quieren que les pegue un tiro.

Dicho eso desenfundó su pistola. De inmediato se agitó una ola de gente buscando la salida sin pensar en la tormenta, dejando en la huida un reguero de camándulas, veladoras, y barajas.

Una vez restablecido el orden en el interior de la casa, Anastasio se transformó en un ángel de amor esperando la llegada de su primogénito. Al filo de la medianoche, el llanto enternecedor de un bebé puso fin a la espera. Era un escuálido varón de piernas largas y cuerpo velludo. Hubo exclamaciones de felicidad y gratitud, y hasta un grito del padre maravillado. Al grito le siguió un golpe fuerte contra la puerta que sacudió las paredes de la casa desde el suelo hasta el techo. Anastasio se giró hacia la puerta con los ánimos exaltados otra vez suponiendo que un vecino resentido atacaba la casa. Afuera se oyó un resoplido bestial seguido por un nuevo golpe contra la puerta.

—¡Las Tres Divinas Personas! —exclamó la suegra santiguándose—. ¡Parece un toro!

Terminando de decir eso la señora se oyó un golpe más fuerte como que en efecto un toro arremetía con la frente contra la puerta. Después del tercer golpe hubo una breve pausa que terminó con un balido afónico. Siguiendo al balido se oyó otro golpe, más fuerte que los anteriores.

—Ya va a ver este maldito —dijo Anastasio cogiendo el Remington sin considerar los peligros sobre los que le advirtieron su mujer y su suegra. Pero para demostrarles que él no era ningún incauto salió de la casa por la puerta trasera. Su intención era atacar por los flancos en caso de que el supuesto toro resultara ser una persona problemática. Cuando salía alcanzó a oír otro golpe por lo que apresuró sus pasos hacia la puerta principal donde no encontró más que la tormenta cayendo con furia sobre la aldea. Entonces permaneció un rato frente a la puerta, con el arma alzada y la linterna junto a ella. Extendió la luz por toda la calle, alumbró los montes circundantes y hasta enfocó los aleros de las casas vecinas. En ninguno de esos lugares encontró la causa de los golpes. Entonces volvió adentro donde habría de comprobar que después de todo, algo había de cierto en las creencias populares porque al entrar en la casa, siempre por la puerta trasera, escuchó los llantos de su mujer y su suegra. De modo que corrió a la sala temiendo lo peor. Sin embargo, nunca imaginó encontrarse con aquella escena: de rodillas en el suelo, Celina y su madre, lloraban apenadas, contemplando su cadáver que yacía en el piso con el pecho destrozado.

MENSAJE DEL AUTOR

Estimado lector:

Donde quiera que estés, y aunque no te pueda ver, tienes mi gratitud por tu tiempo dedicado a la lectura de este libro. Ojalá un día podamos encontrarnos y transformar estas palabras en un sincero y cordial apretón de manos.

En caso de que este libro haya sido de tu agrado, harías un bien inimaginable al recomendarlo a otras personas para que ellos también puedan comprarlo.

Que la dicha te acompañe en cada momento de tu vida.

Hasta pronto;

Bayardo de Campoluna